

## **¿Qué decimos cuando hablamos de interdisciplina?**

El tema definido en el eje 5 nos da la oportunidad de reflexionar sobre las prácticas interdisciplinarias a partir de nuestra experiencia, en la cual el encuentro entre disciplinas se articula en sentido doble, por un lado, como parte de un colectivo de profesionales provenientes de ámbitos tales como la psicología, la filosofía y la pedagogía, que orientados por el psicoanálisis, intervenimos en el campo educativo, y por otro como equipo dedicado a la formación, el acompañamiento y la supervisión de docentes y profesionales de apoyo a la inclusión educativa.

Trabajar en equipos interdisciplinarios es uno de los criterios más ampliamente compartidos en nuestra época. Sin embargo, no resulta evidente a qué hacemos referencia con esa frase, cómo implementarlo, y cuáles son los efectos que produce sobre nuestras prácticas. Podemos identificar múltiples efectos, los cuáles tendrán que ver con cómo nos posicionemos respecto de la idea de interdisciplina, las expectativas y pretensiones que pongamos en juego y el modo de orientarnos y disponernos para el trabajo con otros.

Escuchamos reiteradamente que los docentes tienen la percepción de no estar preparados para la tarea que se les encarga, en particular cuando la demanda se dirige a la inclusión educativa. Esta percepción de no estar suficientemente preparados encierra la suposición de que se podría llegar a estarlo; y muchas veces la búsqueda de espacios de formación y de trabajo con otros profesionales de otras disciplinas, como por ejemplo las del campo de la salud mental, abriga la expectativa de sumar a su caja de herramientas los saberes técnicos específicos que esos otros profesionales podrían brindarles.

Entre los efectos producidos por esta forma de entender el trabajo con otros encontramos con frecuencia la idea de que nada alcanza, siempre hay algo más por saber, alguna teoría para sumar o algún otro experto a quien convocar. Por supuesto, esta no es la única forma de entender la interdisciplina, la formación y el trabajo con otros, aunque quizás podemos decir que es la preponderante actualmente.

En el trabajo con docentes y otros profesionales abocados a la inclusión, fuimos recogiendo aportes y elaborando algunas ideas propias que nos habilitan a sostener una orientación posible, a contrapelo de concepciones que suponen la sumatoria de profesionales de diferentes disciplinas con la ilusión de llegar a conformar un saber completo sobre el campo.

Desde nuestra orientación sostenemos que la interdisciplina puede permitirnos pensar la inclusión alejada de fórmulas prescriptivas, si el trabajo entre disciplinas apunta, en lugar de sumar saberes

disciplinares, a generar un lugar vacío que descomplete *el todo saber* técnico o normativo. Es decir, conformar espacios de participación colectiva que habiliten la pregunta, el enigma y el tiempo de no saber, evitando obturar con respuestas ya aprendidas los desafíos que presenta cada nueva situación. Tal como propone Laura Kiel el trabajo con otros supone:

*“... generar dispositivos de conversación que dejen un lugar vacío central que opere para descompletar los saberes de cada disciplina en lugar de buscar completarlos. Espacios de encuentro para dejarse conmover por el decir de los otros y permitir que el saber del otro descomplete el propio.”*

Así también, otro sentido complementario que nos ha servido para pensar la interdisciplina lo tomamos prestado de la tarea del agrimensor, en tanto esta tiene por objetivo delimitar y separar las superficies. Llevado a nuestro terreno se trata de áreas o superficies de intervención. Así se describe en el artículo *“La teoría de los discursos, una herramienta caleidoscópica”* escrito por Daniela Danelinck junto a otras integrantes del colectivo:

*“Como agrimensores, por tanto, se trata en primer lugar de trazar el límite que separa al psicoanálisis de la educación (de la arena escolar), para así evitar las asimilaciones o intromisiones entre campos disciplinares heterogéneos. A su vez, ese límite resulta condición de posibilidad para la interdisciplina, no sólo un corte y una separación sino también un lugar de encuentro y diálogo entre disciplinas. Es en la medida en que ambos campos permanecen separados y heterogéneos (psicoanálisis y educación), que se puede comenzar a delinear el campo de incidencia de uno sobre el otro, siendo esta incidencia 'lo que sobrevive cuando un corte las separa' (Lacan, 2008, 228)”.*

Al final de la cita anterior se hace referencia a la incidencia, noción que colaboró en la teorización de nuestras prácticas y permitió diferenciarnos de perspectivas intervencionistas o a aplicacionismos científicistas. En las primeras reconocemos los estragos que produjo el desembarco de ciertos discursos: psiquiátricos, psicológicos e incluso cierta moda psicoanalítica, en las aulas. Ante estos antecedentes no es nuestra intención proponer otro desembarco, el del psicoanálisis de orientación lacaniana, para constituirse en un saber autorizado respecto de la realidad escolar.

Asimismo, el psicoanálisis viene denunciando los efectos sobre los niños y los docentes de la proliferación de profesionales externos, quienes a través de formas protocolizadas de evaluación diagnóstica, arrasan con el sujeto. La aplicación de estas técnicas correctivas sostenidas en ilusiones científicistas, avanza cada vez más tempranamente: sostiene un ideal sin falla y rechaza al sujeto, desconociendo lo imposible de ser absorbido por la norma.

Desde hace décadas estas intromisiones de diversas prácticas en educación aún con las mejores intenciones de resolver los problemas en educación, han aportado a la desviación de la función educativa y a la deslegitimación de sus saberes.

Llegado a este punto, podemos retomar el lugar desde el que hablamos: somos un grupo de profesionales de distintas disciplinas, pero compartimos una orientación común; ahora estamos en condiciones de situarla, en referencia al tema que estamos abordando, como una práctica de la incidencia. Esto sería una práctica que busca como efecto producir el encuentro con la dimensión de lo imposible, punto irreductible por estructura en cualquier ámbito social. Hacer presente lo imposible es el camino que nos permite salir de las fluctuaciones entre la omnipotencia y la impotencia, como recurrentes posiciones en las que caemos en la escuela ante la aparición de lo desconocido que irrumpe y disloca lo que se experimentaba como normalidad. La práctica de la incidencia nos permite formalizar un modo de operar sobre el malestar escolar, sujeto a la ética del psicoanálisis.

Volvemos a la pregunta que motivó este escrito ¿Qué decimos cuando hablamos de interdisciplina? Podemos armar una respuesta, que mantiene la interrogación abierta, no es absoluta ni experta. Si ante los malestares en juego en nuestras prácticas aparece la interdisciplina como solución garantizada, el espacio para lo *inter*, para el *entre*, se obtura. Si ante esos malestares ponemos en juego el encuentro con el vacío de saber, y la dimensión de imposibilidad como operadores podremos re orientar nuestra posición ensayando un modo posible de trabajo con otros.